

## **Domingo doce del Tiempo Ordinario.**

Si recuerdas, la semana pasada veíamos a la mujer pecadora llorando su pecado a los pies del único Maestro. Eran lágrimas de amor arrepentido. Hoy, el profeta Zacarías (12,10ss.) nos dice que si miramos al traspasado, nuestras lágrimas serán abundantes, como fue el llanto del pueblo cuando perdió la batalla de Meguido y en ella murió Josías, el rey justo y bueno que quería transformar a Israel.

Al Traspasado lo tenemos en la cruz clavado, muerto por nuestros pecados, pero resucitado para nuestra justificación. Si lo contemplamos con un corazón arrepentido, él derramará abundantemente sobre nosotros la gracia y la misericordia. Por eso, el Evangelio (Luc. 9,18-24) nos recuerda el anuncio de la pasión y la resurrección.

Entendemos por qué esta contemplación sólo puede hacerse en oración. Lucas es el único de los tres primeros evangelios que nos habla del diálogo de Jesús con los suyos en un contexto de oración. Para Marcos y Mateo, Jesús va de camino con sus discípulos y les pregunta; para Lucas, en cambio, el Señor está orando en presencia de sus discípulos y los interroga: “¿Quién dicen ustedes que soy yo?”

Sólo en oración extasiada podemos contemplar a Jesús, entregado por nosotros, gastándose hasta el fondo por nosotros, perdiendo su vida por nuestra salvación. Y sólo en oración podemos decirle con toda verdad quién es él para nosotros, cómo lo sentimos y lo vivimos en nuestro corazón y en nuestra vida. Pedro le dijo, en nombre de toda la comunidad que él es el Mesías de Dios, el enviado y ungido por Dios para salvar, el esperado del pueblo que anhela liberación. ¿Qué le podemos decir nosotros hoy? ¿Quién es Jesús para nosotros?

A la respuesta que le damos, Jesús nos invita a seguirlo y a perderlo todo por él, como lo hizo él mismo por nosotros. “El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará”. Perderlo todo para ganarlo todo: he ahí el criterio permanente de acción, al estilo de Jesús.

Pero la Palabra agrega una enseñanza más para nosotros. Seguir a Jesús y perderlo todo por él nos lleva hasta el compromiso de fe que hemos hecho en el bautismo (Gal. 3,26-29). La realidad bautismal nos ha hecho hijos de Dios y nos ha incorporado a Cristo hasta hacernos uno con él, y nos ha revestido de Cristo para permitirnos actuar todo en su nombre y con su poder.

Porque somos hijos y no bastardos, le pertenecemos plenamente a Dios. Somos “los suyos”, y esta consciencia de pertenencia ha de marcar nuestra vida diaria, para saber cómo actuar. Las imágenes de la incorporación y del revestirnos son dicentes. Al incorporarnos a Cristo nos estamos haciendo un solo cuerpo con él, en unidad perfecta, en adhesión amorosa, en unidad íntima. Como el injerto se adhiere a la planta y llega a ser uno con ella, recibiendo la savia y la vida del árbol que lo acoge, así nosotros nos injertamos en Cristo y llegamos a ser Uno con él. La segunda imagen habla de revestirnos, es decir, de ponernos el vestido de Jesús para vivir como él, actuar como él, pensar como él y tener sus mismos sentimientos. Llegamos a ser presencia viva de Jesús en medio de los demás. ¿Tenemos esta consciencia y actuamos en consecuencia?

*“Jesús, sé Tú el Rey de mi corazón. Tú me has colmado de tus gracias y favores: Que todos los actos de mi corazón sean amor y alabanza a Ti. Corazón lleno de amor, que has muerto por darme la vida, que yo viva de tu vida, que muera de tu muerte y por tu amor. AMEN. (San Juan Eudes).*